

## La mala vida / ÁNGEL ANTONIO HERRERA

Bibiana Fernández es un ser mitológico que no cabe en los asientos de los aviones / El nuevo entrenador del Real Madrid acostumbra a poner a sus chicos a dieta de buen jamón

# Jabugo de Capello y helados de Lolita

### LUNES, 3

**Gabriel Simón** es un oftalmólogo joven, sabio y heterodoxo, empezando o acabando por el sitio de su clínica, que es Gran Vía esquina Fuencarral. Gabriel tiene ahí todo un edificio que pudiera ser, por local desperezado y moderno, una catedral de harapos *fashion* o un templo de la cibernética, según moda de la zona, pero es una clínica bien puesta, con toda esa maquinaria complicada, quieta y casi pensante que es la maquinaria de auscultar los ojos.

Gabriel tiene buena fama de oftalmólogo de famosos, pero él no hace nunca mención o alarde de esto, aunque ha devuelto el vigor y hasta la vida a los ojos de ilustres como **Charlton Heston** u otros. Aquí le piden consejo y hora **Isabel Preysler** o **Enrique Iglesias**, citando de prisa. No quiero hacer, con Gabriel, una agenda de citas de clientes de oro, que bien se pudiera, sino apuntar aquí que entre la barahúnda canallita y consumista del día de la Gran Vía se resguarda el trabajo silencioso y avanzado de un joven hacedor e investigador de lo suyo que te hace hasta un CD de tu caso, pero que acaba recetándote óxido de mercurio o éter, bajo la sorprendente y desusada fórmula magistral. Yo le debo una vida mejor, y como yo muchos periodistas de poner la bala donde se pone el ojo, que a veces ya va fallando, como los fusiles veteranos.

Gabriel tiene otra gran clínica en Barcelona, y en Miami, y trabaja tanto que no conoce la Plaza de Cibeles. Hoy da una cena amenizada de charla profesional, o al contrario, y hasta nos ilustra a unos cuantos curiosos con suertes de cirugía en vivo, que es como ir de viaje a los planetas del ojo sin

soltar el canapé. Esta especie de lecciones dobladas de *party*, o al contrario, las monta Gabriel de vez en cuando, y no por farde o pluriempleo de sus sapiencias, sino porque suelen querer oírle también fuera de consulta los que le conocen. Se emplea también a deshoras a petición de su público. El lo dice mejor: «El interés de la gente me cautiva». Pues eso. Hay lista de espera hasta para estas amenas cenas científicas.

### MARTES, 4

Encuentro con **Bibiana Fernández**, viaje incluido. Bibiana es un ser mitológico que no cabe en los asientos de los aviones y quizá tampoco en el cine nacional, salvo **Almodóvar**. Bibiana habla con la propiedad de los contertulios que ahora no se llevan, y sabe del amor o del fútbol tanto como a veces no quiere saber de su pasado salvaje, valiente y ya remoto. Usa el adjetivo y pasa de peluqueros profesionales, para sus *bisnes*, porque la melena se la ordena o desordena ella misma, con tenacillas expertas.

Con el tiempo, Bibiana se ha hecho un mujerón dorado, que habla de **Rafa Nadal** o del orgullo gay bajo una naturalidad que es inteligencia. Fue un acontecimiento, entre el malditismo y la belleza, allá por los setenta, en la Barcelona canalla, sexual y equívoca, y luego se vistió para hacer carrera de gigante en el cine, y en la tele, y en otras variedades. Su profesión, en rigor, ha sido convertirse en Bibiana Fernández, pasando antes por **Bibi Andersen**. En eso está. Se ha quitado del tabaco, pero no de los hombres, aunque ahora son una cenefa del pasado. Como el tabaco, más o menos.

Dice que duele la soledad, pero más duele la costumbre. Bibiana